

a la luz de los estudios más recientes sobre los anarquismos en Chile simplifique sus definiciones y tendencias y magnifique su penetración⁴. Lo mismo puede decirse respecto de la línea “antipolítica”, cuestionada desde las líneas de politización tanto clasista como populista por Julio Pinto y Verónica Valdivia⁵; otro tanto ha hecho la historiografía estadounidense sobre Chile referida anteriormente, que ha subrayado el carácter estratégico de la participación política formal en la suerte de los movimientos sociales.

La edición en castellano presenta una traducción esmerada, cuyas imprecisiones son menores y no afectan ni el sentido de los planteamientos ni la prosa del autor. El libro incorpora una bibliografía ausente de la edición original, y mantiene los planos anotados que son de suma utilidad. Lamentablemente el autor no produjo nuevas contribuciones al pensamiento historiográfico, al haberse dedicado a ejercer como funcionario de los Estados Unidos. Una revisión de algunos de sus planteamientos a la luz de la pródiga historia social respecto de Chile, aunque hubiese sido desde la forma del prólogo a la edición chilena, hubiese sido muy pertinente. Con todo, *Trabajadores urbanos y Sindicatos* es una contribución bibliográfica muy esperada, lectura obligada tanto para el período como para los temas que trata, y que enriquecerá los debates de la historiografía y la ciencia social sobre cuestiones laborales.

ALBERTO HARAMBOUR ROSS
Universidad Diego Portales

JOAQUÍN FERNÁNDEZ ABARA, *El ibañismo (1937-1952): un caso de populismo en la política chilena*, Santiago, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, *Historia Libros*, 2008, 214 páginas.

Basado en una exhaustiva y acuciosa revisión de fuentes hemerográficas e iconográficas, de memorias, folletos, sesiones del Congreso, estadísticas electorales y entrevistas, Joaquín Fernández delinea la trayectoria del ibañismo desde el regreso del exilio en 1937 del dictador derribado en 1931, hasta su elección como Presidente de la República en 1952. En el libro se pone especial énfasis en el análisis ideológico de tres campañas presidenciales, en la interpretación de sus discursos y rituales, así como en la trayectoria de los movimientos ibañistas y de las corrientes que respaldan al ex gobernante al interior de diversos partidos políticos.

⁴ Alberto Harambour, “‘Jesto i Palabra, Idea i Acción’. La Historia de Efraín Plaza Olmedo”, en Colectivo de Oficios Varios, *Arriba Quemando el Sol. Estudios de Historia Social Chilena. Experiencias Populares de Trabajo, Revuelta y Autonomía (1830-1940)*. Santiago, LOM, 2004; Sergio Grez. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de ‘La Idea’ en Chile, 1893-1915*. Santiago, LOM, 2007; Eduardo Godoy, “Sepan que la tiranía de arriba enjendra la rebelión de abajo’. Represión contra los anarquistas: la historia de Voltaire Argandeña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913)”, *Cuadernos de Historia* 27 (Sept. 2007), 75-124.

⁵ Julio Pinto y Verónica Valdivia 2001. *¿Revolución proletaria o Querida Chusma? Socialismo y Alesandrismo en la Pugna por la Politización Pampina (1911-1932)*. Santiago, LOM.

El argumento del libro se estructura en torno a una hipótesis que se pone a prueba en la investigación que, a la vez, guía. Se trata de “constatar cómo entre los años 1937 y 1952” el ibañismo “se transformó en una importante tendencia populista en la política chilena”, que aspiraba a integrar a las distintas clases sociales sobre la base de “un fuerte nacionalismo” y “apelando al *hombre común* y sus valores”, en torno a “la exaltación del presidencialismo” y un “liderazgo carismático” (p. 21) que se identificaba con la patria, a su vez, asimilada con el pueblo (p. 24).

De ese modo se da cuenta de las metamorfosis del ibañismo, desde el “populismo antioligárquico y nacionalista” asociado al nacismo criollo y abierto a la alianza con las izquierdas de 1938 (p. 27), hacia “un nacionalismo [...] anticomunista y crítico de las oligarquías partidistas” (p. 27) asociado a la derecha, “durante el momento de máxima expansión del Eje” en 1942 (p. 89); para regresar a un populismo nacionalista, antioligárquico y antiimperialista, asociado al socialismo en 1952 (p. 28). A lo largo de esa década y media, el autor constata la continuidad de un discurso nacional-popular, en el cual lo que va cambiando es a quienes se considera enemigos de la patria-pueblo que se encarna en el caudillo.

El autor establece que el carisma de Ibáñez “no debemos buscarlo en sus facultades oratorias y argumentativas [...] de bajo nivel, sino en sus actuaciones durante el período comprendido entre las intervenciones militares en política de mediados de los años 20 y la caída de su gobierno en 1931” (p. 26). Ese recuerdo, “junto con su origen militar, colaboraron en la creación de una imagen mítica en torno a su persona. Se le veía como un ‘hombre de hechos’, realizador, ajeno a intereses creados y capaz de ejercer una fuerte autoridad en torno a un proyecto de bien público” (p. 26).

Ibáñez, nos dice Fernández, no creó un movimiento; pero en torno a la elaboración del recuerdo de su dictadura, sumado a una retórica populista bastante básica, se crearon sucesivamente varios movimientos en torno a él y logró tener sostenedores en todo el espectro de los partidos políticos. Pero sobre todo, agrega, “interpeló a la gente común, aislada de la actividad política” (p. 27), oponiendo la moral y el patriotismo a las ideologías e intereses de quienes se le oponían, presentados como “fuerzas antipatrióticas” (p. 27). Argumenta, asimismo, que el ibañismo se caracterizó por buscar “una aproximación directa a los ciudadanos, sin la mediación de agrupaciones que reflejaran divisiones sociales” (p. 192). Y concluye destacando que “la plasticidad del discurso ibañista y sus potencialidades para movilizar al electorado” (p. 192) fue lo que atrajo sucesivamente hacia el caudillo a diversos actores políticos a lo largo de la década y media que transcurre entre su regreso del exilio y su ascenso a la presidencia.

Con todo, Fernández está consciente de que no bastaba esa plasticidad y el respaldo electoral que proveía, para que distintos actores políticos se asociaran a Ibáñez. Es así como entre sus conclusiones, aborda el alcance del antiibañismo y el civilismo antimilitarista, señalando que el populismo de Ibáñez “generó un fuerte rechazo en importantes facciones de los distintos partidos, pues chocaba con los elementos democrático-liberales de su cultura política” (p. 192). En palabras del autor, todos quienes “se sentían partícipes de la ‘gesta’ que derrocó a la dictadura protestando en las calles en el año 1931” permanecieron contrarios a los cantos de sirena del caudillo (p. 105). Fue el caso de los “liberales antifascistas” (p. 98) y de

conservadores como Eduardo Cruz Coke y Rafael Luis Gumucio Vives en 1942 (p. 104), así como de Salvador Allende y otros socialistas en 1952 (p. 161). A ello habría que agregar el permanente antagonismo del grueso de los radicales, donde el liberalismo político estaba profundamente arraigado.

Aunque el autor lo enfatiza menos, su investigación muestra que las afinidades ideológicas jugaron también un papel no menor en el apoyo de distintos actores políticos a Ibáñez. El antiliberalismo político y el corporativismo fueron parte del acervo doctrinario de la derecha que respaldó a Ibáñez en 1942, así como del socialismo que lo apoyó diez años después. Es así como Fernández recuerda que el programa de 1947 del Partido Socialista, tras repudiar el totalitarismo soviético, proponía reemplazar “la pseudodemocracia actual, que se basa en un concepto individualista y abstracto de la soberanía popular, por una democracia orgánica que responda a la división real del trabajo colectivo” (citado en p. 154). Podría afirmarse que entre los socialistas que apoyaron a Ibáñez primó una versión nacional-revolucionaria o populista y no socialdemócrata de su *tercera vía*. En cambio, entre quienes se le opusieron —como Allende— prevaleció lo que el autor llama una “curiosa mezcla de doctrinarismo marxista y cultura liberal” (p. 162).

Cabría también explorar más en la debilidad hegemónica de la izquierda y la derecha de la época, la que las impulsa sucesivamente a apoyar al ibañismo y procurar apoyarse en él. Así, la Asamblea Liberal de Molina declaraba en enero de 1942 que Ibáñez era quien “ofrece mayores garantías de extirpación del comunismo” (citada en p. 95). Y en 1952, según escribiría después Clodomiro Almeyda, el socialismo vio en el apoyo al caudillo una oportunidad para “configurar un gran movimiento popular nacional” y “romper el equilibrio entre la derecha y la izquierda tradicionales” (citado en p. 157).

El libro hace reflexionar también sobre las complejas relaciones que se han establecido no solo en Chile, sino en varios países de América Latina, entre populismo y democracia. Por una parte, el ibañismo contribuyó a la ampliación de la ciudadanía, pues como bien señala Fernández, su programa de 1952 “se orientaba según un afán democratizador, enfatizando la necesidad de terminar con las leyes represivas, especialmente la Ley de Defensa de la Democracia, y de ampliar el electorado mediante la inscripción automática en los registros electorales” (p. 182). Y parte de ello se hizo realidad al final del gobierno de Ibáñez en 1958, con las leyes de *saneamiento democrático* respaldadas por sus seguidores junto al radicalismo, la izquierda y la Democracia Cristiana. No obstante, también es cierto que, como advierte el autor, “el populismo ibañista fue el elemento catalizador que permitió a los movimientos nacionalistas chilenos aspirar a transformarse en actores relevantes de la política nacional” (p. 193); y a ese respecto, podría recordarse que varios de los dirigentes y herederos políticos de esos movimientos desempeñarían posteriormente un papel protagónico en la *fascistización* de la derecha y en su respaldo al *nacional-globalismo* pinochetista.

El autor define al populismo como “la expresión política de la cultura nacionalista presente en el marco de una sociedad de masas en vías de desarrollo” (p. 24), afirmando enseguida que “en el Chile del segundo tercio del siglo XX estaban dadas las condiciones para el surgimiento de liderazgos populistas” (p. 25).

Coincidiendo con lo anterior, cabría discutir que el populismo solo pueda surgir –como afirma el autor siguiendo a Touraine– en sociedades en vías de modernización, “donde existe una alta población movilizable que aún no ha sido integrada a la vida cívica y con actores sociales que aún no han definido en forma clara su identidad política ni sus intereses independientes” [destacados por quien reseña] (p. 25). Debido a que la modernidad no es el fin de los conflictos y tensiones, y a que los actores sociales están sujetos a una permanente reelaboración de sus identidades, en sociedades ya modernizadas puede volver a emerger el populismo –entre otras corrientes antiliberales– como sucede con el resurgimiento de tendencias y liderazgos de ese tipo en la Europa actual.

Cabría asimismo precisar que la existencia del populismo ibañista no aleja a Chile de la pauta europea occidental, como afirma el autor (p. 21). Hasta 1945, las versiones más extremas y antidemocráticas del nacionalismo populista, del corporativismo y del caudillismo predominaron en la mayor parte del viejo continente. E incluso en la Europa de postguerra, fenómenos como el *gaullismo* en Francia, indican la continuidad de formas de populismo compatibles con la democracia. Eso es así porque esa corriente no ha sido una peculiaridad latinoamericana, sino un fenómeno político presente globalmente durante las transiciones a la modernidad y en las propias sociedades modernas.

Justamente de ahí surge la actualidad de la investigación y reflexión de Fernández sobre ese populismo chileno de mediados del siglo pasado, pues como él sostiene, “conocer al ibañismo puede ayudarnos a comprender mejor algunos aspectos de nuestra cultura política que en la actualidad son tomados por novedosos, pero que tienen una raíz profunda, como la apatía ante los referentes institucionalizados de representación ciudadana y la crítica moral al *establishment* político, a la vez que nos muestran el poder que pueden llegar a alcanzar los liderazgos populistas en estas condiciones” (p. 24).

ALFREDO RIQUELME SEGOVIA
Pontificia Universidad Católica de Chile

SERGIO GREZ TOSO, *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*. Santiago, LOM Ediciones, 2007, 435 páginas.

Durante gran parte del siglo XX, la historia de los anarquistas chilenos permaneció en un relativo silencio. La historiografía marxista clásica y los primeros estudios sobre historia del movimiento obrero tendieron a ignorarla o a verla como un antecedente menor, indigno de un análisis profundo. Desde fines de la década de 1970 esta situación cambió, y autores como Peter De Shazo, Claudio Rolle, Alberto Harambour, Julio Pinto y Igor Goicovic comenzaron a tratarla en sus estudios, ya sea tangencialmente, en el marco de investigaciones más amplias sobre la historia de los movimientos sociales, o a través de monografías específicas que abordaron algunos episodios y aspectos de la historia del anarquismo en Chile. Sin embargo, faltaba una